

EL BARCO DE VAPOR



El secreto de If

Ana Alonso

Javier Pelegrín

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 2008



«En la estructura del cuento se repite
la estructura del rito.»

VLADIMIR PROPP

«Yo sueño que estoy aquí,
de estas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.»

CALDERÓN DE LA BARCA,
La vida es sueño

1

CUANDO los marineros soltaron las amarras de fibra transparente que mantenían sujeto al muelle el barco de la princesa, un murmullo de consternación recorrió la multitud. Buena parte de los habitantes del País de Kildar se habían congregado en los alrededores del puerto para ver partir a la heredera del reino. Todos vestían sus mejores galas, y el ambiente era casi festivo. No había una esquina donde no se hubiese instalado un músico, un malabarista, un tragafuegos o un grupo de juglares dispuesto a repetir una y otra vez sus números de habilidad a cambio de unas monedas, y los vendedores de bebidas y pasteles salados recorrían sin descanso las calles cercanas al mar. Todo el mundo intentaba encontrar un buen puesto de observación para ver bien la salida del barco. Incluso estallaron algunas peleas junto a los miradores de la costa, enclaves privilegiados que ofrecían una vista única del puerto. Pero, al llegar el momento de despedir a la princesa Dahud, la animación general decayó de

pronto. La gente dejó de reír y de cantar, y las conversaciones se convirtieron poco a poco en intercambios de susurros. Cuando las velas del barco se hincharon y su casco de cristal comenzó a deslizarse limpiamente sobre las aguas verdes y doradas del Mar de las Visiones, hombres y mujeres sacaron sus pañuelos y comenzaron a agitarlos en el aire. Se oyeron algunos sollozos ahogados. Luego, antes de que el barco alcanzase la entrada de la bahía, la multitud comenzó a dispersarse.

Desde un promontorio de la costa cubierto de sedosa hierba, dos jinetes asistían en silencio a la curiosa escena.

—No parecen muy contentos —observó el más joven, que llevaba un largo manto de lana verde cuya capucha le ocultaba casi enteramente el rostro.

Su compañero, un anciano de largos cabellos grises y barba descuidada, hizo una mueca antes de responder.

—¿Cómo van a estarlo? —dijo—. Su futura reina los abandona para casarse con el príncipe de otro país... ¡Y si al menos fuera un país cualquiera! Pero se trata de If, el Reino Intermedio, un lugar donde los humanos viven a expensas de los caprichos de la magia.

Desde la sombra de su capucha, el joven le dirigió una severa mirada.

–Es mejor que dejes de hablar así de If, si no quieres que tengamos problemas. Nosotros también vamos allí, Sirio, no lo olvides.

–Eres tú quien no debe olvidar a qué vamos a enfrentarnos –repuso el viejo agriamente–. If es un lugar peligroso, y más en las condiciones en que nosotros vamos a viajar. Allí no podré protegerte.

–Te he dicho mil veces que no debes tutearme –murmuró el joven sin dejarse impresionar–. Ahora soy Duncan, tu señor, y tú eres mi criado, ¿recuerdas? Además, ¿quién te ha pedido que me protejas? Si no quieres venir, aún estás a tiempo.

El anciano bajó la cabeza con humildad.

–Lo siento. Estoy preocupado, como todos los habitantes de este país –se disculpó–. Si esa boda se celebra...

–Esa boda no se celebrará a menos que sea lo mejor para Kildar –le interrumpió el joven en tono decidido–. Además, sabes muy bien que todos los países que rodean el Mar de las Visiones darían la mitad de sus riquezas por casar a una de sus princesas con el príncipe de If. Los beneficios podrían ser incalculables... ¿No has visto su barco? Con qué seguridad ha abandonado la bahía, como si ahí fuera no hubiese nada que temer.

–Para sus navegantes no lo hay. Llevan siglos controlando sus rutas.

–A eso me refiero –prosiguió el joven, cada vez más animado–. Vivimos a orillas de un mar que no podemos atravesar. Solo If puede proporcionarnos los medios para hacerlo. Es una oportunidad que ningún gobernante despreciaría.

–Hasta ahora no nos ha ido tan mal, a pesar de nuestros problemas con el Mar de las Visiones. El país es próspero... ¿Para qué arriesgarse? Después de todo, no sabemos qué es lo que se oculta detrás de esa alianza.

El joven giró un poco su montura para mirar de frente a su acompañante. Un rayo de sol iluminó por un instante sus profundos ojos azules.

–No lo sé, Sirio. Quizá estemos exagerando un poco con nuestros temores. Después de todo, lo más probable es que no haya nada oculto detrás de esa alianza... Solo una promesa, nada más.

–Una promesa que nunca debió realizarse. Todavía no entiendo qué fue lo que llevó a nuestro difunto rey a sellar un pacto semejante.

Un destello de cólera atravesó la mirada del muchacho.

–Te prohíbo que hables así del rey en mi presencia –dijo con voz sorda–. No nos corresponde a nosotros juzgar sus motivos.

–Está bien. Si no queréis cuestionaros sus motivos, pensad en los motivos del difunto rey de If. ¿Qué pudo inducirle a prometer a su hijo de tres años con una

princesa recién nacida del otro lado de la Gran Cordillera? Durante siglos, todos los gobernantes de Kildar han intentado emparentar con la Casa Real de If sin ningún éxito. Ellos se negaban a aceptar a una princesa extranjera. ¿Qué les hizo cambiar de parecer? ¿Y por qué nosotros? Quiero decir...

–Sé lo que quieres decir –le atajó el joven–. Y eso es precisamente lo que debemos averiguar. Pero, como te he dicho, aún estás a tiempo de echarte atrás. El viaje a través de la Gran Cordillera va a ser duro.

–¿Duro? –el anciano se echó a reír burlescamente–. Duro es poco decir; ¡va a ser imposible! ¿A cuántas personas conocéis que hayan sido capaces de atravesar la Cordillera?

El joven se quedó pensando.

–Bueno... No muchas. Quizá a ninguna –admitió de mala gana–. Pero eso no significa que sea imposible.

–Es imposible –afirmó tericamente su compañero–. Y, además, es disparatado.

–Supongo que eso significa que vas a venir conmigo... –dedujo el joven mirándole de soslayo.

El anciano le devolvió la mirada, y luego alzó teatralmente las manos hacia el cielo.

–Sí –repuso suspirando–. ¡Supongo que sí!